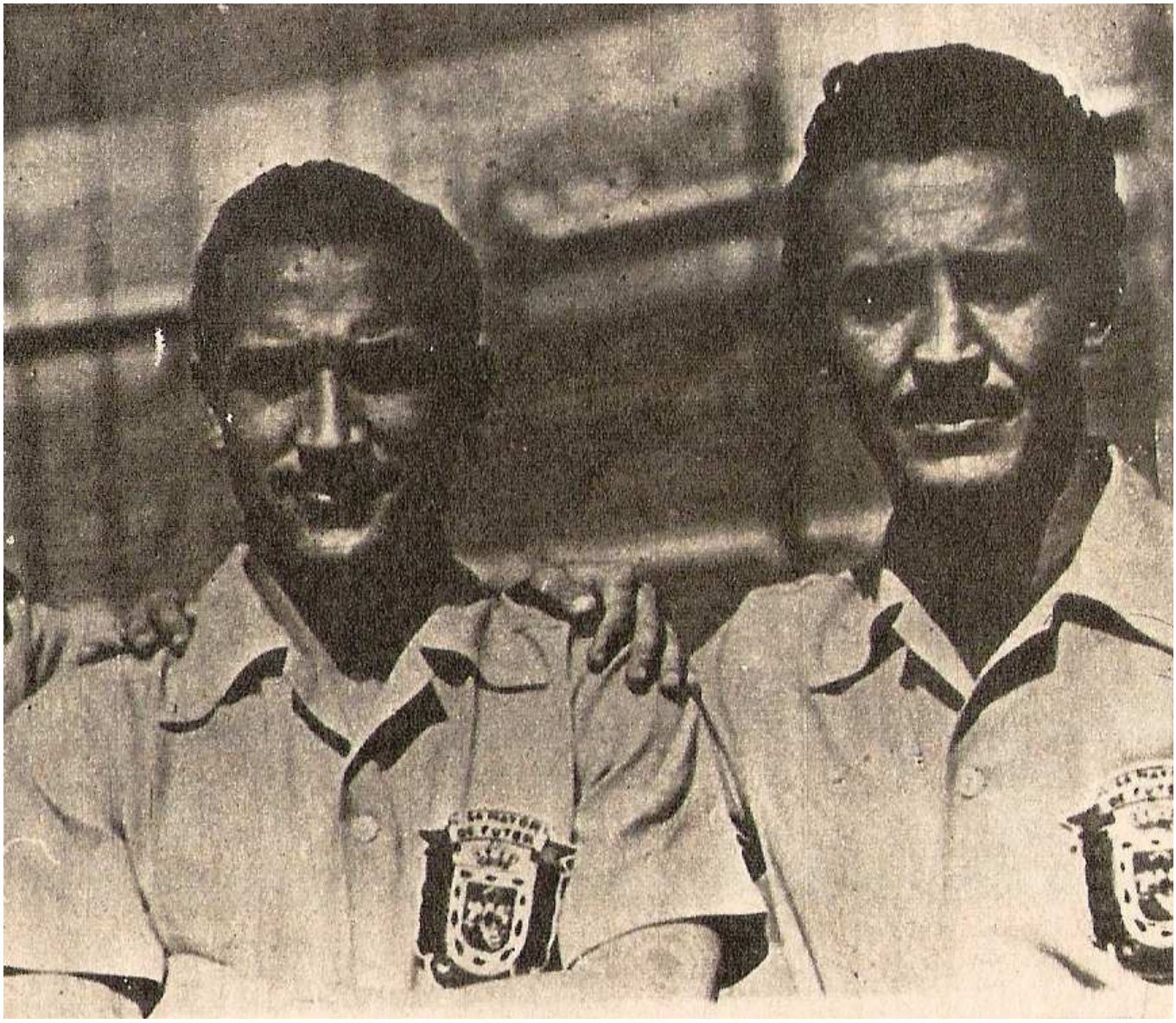
Los oscuros nubarrones que venían acumulandose en Europa y que afectaban el ámbito deportivo, como se vio en el Mundial de 1934 y luego en los Juegos Olímpicos de Berlín en 1936, hacían cada vez más difícil mantener estas manifestaciones dentro de las reglas de la corrección y la convivencia.  A pesar de todo, precisamente en Berlín, durante el Congreso de la FIFA de 1936, Francia propuso su candidatura como organizadora del Mundial en 1938. El orden preestablecido suponía a este Mundial para un país sudamericano, en este caso, Argentina. Sin embargo, las garantías dadas por Francia para mejorar sus estadios y sobre todo, la influencia del Presidente de la FIFA, Jules Rimet, que quería el Mundial en su país, hicieron que la sede se otorgara a los galos. Este es el cartel que anunciaba la cita mundialista de 1938.

La desición final de la FIFA, provocó los primeros problemas para el Mundial. La Argentina se abstuvo de inscribirse, molestos por no obtener la sede. Uruguay, aún con el enojo de la mala respuesta de los europeos a su Mundial, renunció por segunda ocasión consecutiva a participar. Aparte de eso, España, uno de los países más fuertes de Europa y que había sido eliminada en 1934 por el apoyo arbitral a Italia, se encontraba desde 1936 en una cruenta guerra civil que ensangrentó el país durante casi tres años. Aquel gran equipo español se había desintegrado. Los jugadores de origen vasco formaron una selección en 1937, que luego de varios juegos para recaudar fondos para los refugiados vascos en el exilio, tuvieron como destino México, donde algunos de ellos, entre los cuales se cuentan Isidro Lángara, Luis Regueiro, Gregorio Blasco y Serafín Aedo, tuvieron magíficas temporadas. La foto, una imagen del Euzkadi.

Otro gran equipo de la época, la Austria del “wunderteam”, había conseguido su calificación al Mundial venciendo en su grupo clasificatorio a Letonia por 2-1 en Viena. Sin embargo, los acontecimientos que se precipitaban en Europa, dieron como consecuencia la desición del Reich alemán de anexarse a Austria, acción conocida como “Anschluss”, misma que se oficializó, ante la complacencia de las grandes potencias, con la entrada de Adolf Hitler a Viena el 15 de marzo de 1938. De ese modo, desaparecía Austria como país y su participación en el Mundial era imposible. Muchos de sus elementos fueron incorporados al equipo alemán que estaba calificado a Francia. Así, dos grandes jugadores como lo fueron Mathias Sindelar, el “Mozart” del futbol (a la izquierda) y el delantero Franz “bimbo” Binder (a la derecha), gran goleador con 422 goles en partidos oficiales en su carrera, se perdieron la oportunidad de representar a su país.

Mención aparte merece México.  El equipo mexicano debía participar en el grupo eliminatorio número 11, junto a Estados Unidos, Costa Rica, El Salvador, Guyana Holandesa y Cuba. En esos años, existía una fuerte discrepancia entre los dirigentes de la Liga Mayor, donde jugaban los mejores equipos del país y los responsables de la Federación de Futbol, más dependientes de las autoridades del deporte nacional. Entre que los equipos de la Liga Mayor no quisieron prestar a sus jugadores y los federativos no hicieron mucho esfuerzo en ese sentido, se optó por renunciar a la clasificación para el Mundial y participar en el IV Campeonato Centroamericano y del Caribe en Panamá, torneo que se ganó superando a Costa Rica. Esto y la interrupción de las justas mundialistas durante 12 años por el conflicto bélico, ocasionó que dos grandes jugadores como Horacio Casarín y Luis De la Fuente, el "pirata",  pasaran sus mejores años sin la oportunidad de participar en al menos 3 mundiales.



Finalmente, de los 69 países inscritos originalmente, menos las deserciones, voluntarias y obligadas, menos los eliminados en la ronda de clasificación, se tenía un total de 15 equipos participantes: 12 europeos, incluyendo al local Francia y al campeón Italia, calificados automáticamente por primera vez, más dos americanos, Brasil y Cuba y un asiático, Indias Orientales Holandesas. Durante el torneo, a celebrarse del 4 al 19 de junio, el sistema sería el de Copa, con partidos a eliminación directa a partir de octavos de final, cuartos de final, semifinal y final. El juego decisivo se llevaría a cabo en el Estadio Olímpico de Colombes, en París, donde en 1924 Uruguay maravilló al mundo en las olimpiadas de ese año.

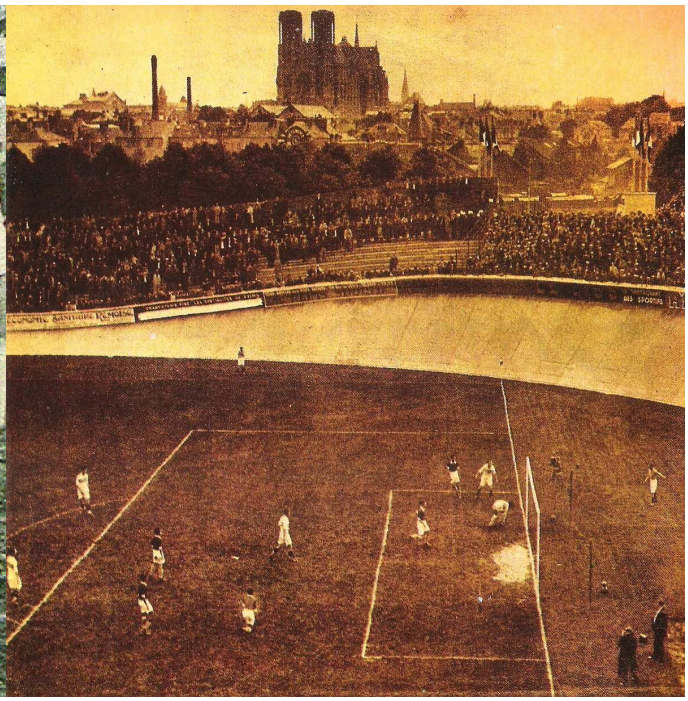
El 4 de junio dio inicio el Mundial. En París, en el Parque de los Princípes, Alemania se enfrentó a Suiza. Las implicaciones políticas del torneo comenzaban a manifestarse: durante todo el juego, los germanos fueron abucheados por el público francés, que mostró un apoyo total a los suizos. A pesar de eso, fueron los alemanes quienes se pusieron en ventaja con gol de su delantero Gauchel a los 29', marcando el primer gol del certamen. Motivados por el apoyo del público, los suizos de lanzaron al ataque y lograron el empate por medio de Abegglen III a los 43', resultado que ya no se modificó ni en los tiempos extras, haciendo necesario un juego de desempate. En la primera foto, vemos el saludo de los capitanes frente al árbitro Jan Langenus, ya en su tercer mundial. En la segunda, el portero austro-alemán Rudolf Ratl se hace del balón ante el acoso de un delantero suizo.

Al día siguiente, 5 de junio, en el “Velodrómo” de Marsella, el campeón Italia hizo su debut ante Noruega. Vittorio Pozzo había cambiado practicamente a todo el equipo del 34, manteniendo unicamente al crack Giuseppe Meazza, al defensa Eraldo Monzeglio y al delantero Giovanni Ferrari. Olvidados casi totalmente los “oriundos”, el cuadro italiano suplió la salida de Monti con otro centro-medio sudamericano: el uruguayo Miguel (Michele) Andreolo, estrella del Nacional de Montevideo. Sin embargo, las esperanzas italianas de revalidar el título, se basaban en su centro delantero Silvio Piola. Este, a la postre y hasta hoy máximo goleador del campeonato italiano de Serie A con 290 goles, se reveló fundamental para su país. Para su debut, los italianos recibieron el rechazo de la multitud en el estadio marsellés. Desafiante, Pozzo ordenó a sus pupilos hacer dos veces el “saludo a la romana”, en abierto reto al público. Así arrancó el juego. En la foto, dos de los primeros tres bicampeones mundiales, Giovanni Ferrari y Giuseppe Meazza.

Sorpresivamente, los italianos, que ganaban 1-0 al minuto 2 con gol de Ferraris II, se vieron alcanzados al minuto 83 con gol de Brustad, que en la foto empieza a festejar. Eran necesarios los tiempos extras y para regocijo de los franceses, parecía que aquí se terminaba el camino de los odiados italianos en el Mundial. Sin embargo, en el alargue, la selección italiana no cayó en la desesperación y apenas a los 4 minutos recuperó la ventaja, con gol de Piola. Los noruegos buscaron con ahínco el empate, pero ya no hubo oportunidades, los campeones pasaban a cuartos de final.

En Toulouse, la selección de Rumania se enfrentaba a Cuba. La selección caribeña, calificada gracias al retiro de todos sus adversarios, parecían ser fáciles víctimas de los más técnicos, hábiles y experimentados rumanos. Sin embargo, en las filas cubanas aparece un jugador de otro nivel: su arquero Benito Carvajales, que mantuvo a raya muchos de los intentos ofensivos de sus rivales.  En un duelo de alternativas, donde ninguno de los dos cuadros dio ni pidió cuartel, se concretó el empate a tres goles luego de los tiempos extras, obligando a jugar un desempate. En la foto, el capitán isleño Manuel Chorens intercambia banderines con su similar rumano Gheorghe Rasinaru.

En Reims debutó la primera selección asíatica en un mundial. Esta fue la representación de las Indias Holandesas, en ese momento todavía colonia de Holanda y que después de la II Guerra Mundial obtuvo su independencia y se llamó, como hasta la actualidad, Indonesia. Calificados sin jugar ni un partido debido a la renuncia de Japón (en guerra con China), este modesto equipo contaba entre sus filas con un integrante que usaba lentes para jugar: su capitán Achmad Tawir (sexto desde la izquierda en la foto del equipo del archipielago malayo y luego con el capitán húngaro Sarosi). A pesar de su empeño, el poderoso cuadro magyar los derrotó por 6-0, destacando Zsengeller y Toldi, autores de un doblete cada uno. En la tercera foto, uno de los goles de la nación europea.

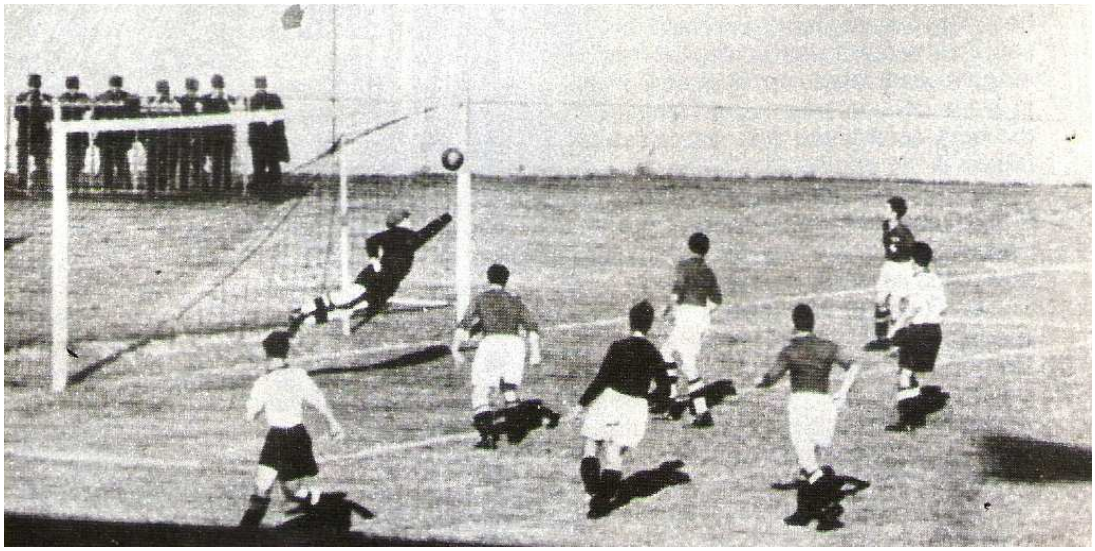


En Le Havre, la subcampeona del mundial anterior, Checoslovaquia, se enfrentó a la representación de Holanda. Contando con el aporte de sus grandes estrellas, el arquero Planicka y los delanteros Nejedly y Puc, los checos sufrieron para doblegar a los holandeses, pues el juego se fue a tiempos extras, donde anotaron tres goles y sentenciaron la eliminatoria. En París, debutaron los locales con un complicado rival, Bélgica. Alentados por su público, los franceses se lanzaron al ataque desde el principio y pronto estuvieron 2-0 en ventaja. El gol de Bélgica fue respondido por otro francés y con eso el marcador final anunció: Francia – 3 Bélgica – 1. Francia se convertía en el único país, junto con Brasil, en jugar los tres mundiales celebrados y su defensa Etienne Mattler, que en la foto realiza un despeje de cabeza, en el primer jugador en participar en tres mundiales consecutivos.

El último juego de los octavos de final, en Estrasburgo, entre Brasil y Polonia, se llevó a cabo en medio de un torrencial aguacero. Este fue un gran duelo entre los goleadores de ambos equipos, el brasileño Leónidas Da Silva y el polaco Ernest Willimowski.  Por extraño que parezca, fueron los sudamericanos los que mejor se adaptaron a las condiciones y al término del primer tiempo ganaban 3-1 con dos goles del “diamante negro”, uno de ellos, descalzo, pues el delantero había perdido un zapato en el fango.  En el segundo tiempo, Domingos Da Guía perdió la marca deWillimowski tres veces  y el rubio delantero no perdonó. Con el marcador empatado a cuatro goles, se tenían que jugar tiempos extras. La imagen nos muestra el remate de Peracio, anotando uno de los goles brasileños.

En el suplementario, Leónidas adelantó de nuevo a Brasil con su tercer gol, pero Willimowski anotó por cuarta vez. Tuvo que ser el propio Leónidas quién pusiera a Brasil en ventaja definitiva a pocos minutos del final. El juego, espectacular, terminó 6 a 5. El total de goles anotados, 11, lo colocó como el de más tantos hasta 1954. De Leónidas se seguiría hablando en el Mundial, el público francés había quedado prendado del buen futbol de los sudamericanos y los tomó como sus favoritos. De Willimowski, por escasos minutos el primer jugador en anotar cuatro goles en un Mundial, vendría el olvido. Nacido en una zona que en 1916 era alemana y después fue polaca, durante la II Guerra Mundial se reconoció como alemán, por lo cual jugó en equipos y en la selección germana. A causa de esto y a pesar de su marca de cuatro goles en un partido mundialista, Willimowski fue borrado de la historia del futbol polaco. En la foto, una acción de ataque del goleador polaco ante la meta del meta brasileño Walter y ante la desesperación de su marcador Domingos Da Guía.

Los partidos de desempate se jugaron el 9 de junio. En París, Suiza y Alemania definieron su serie. El entrenador alemán, Sepp Herberger, que aún no era ni viejo ni sabio, alineó a un total de cinco jugadores austriacos en su equipo, empezando con el arquero Rudolf Raftl. Abucheados hasta el cansancio por el público francés, desde el inicio con el saludo nazi (primera foto) hasta el final del partido, los alemanes dejaron escapar una ventaja de 2-0 lograda en los primeros 22 minutos de juego y fueron ampliamente superados por los desencadenados suizos, que anotaron cuatro goles sin respuesta, para avanzar sorpresivamente a cuartos de final con un marcador de 4-2. En la segunda foto, se capta el momento exacto en que el balón traspasa la portería suiza, impulsada por un propio defensa helvético, Lörtscher, que así marcó un autogol.

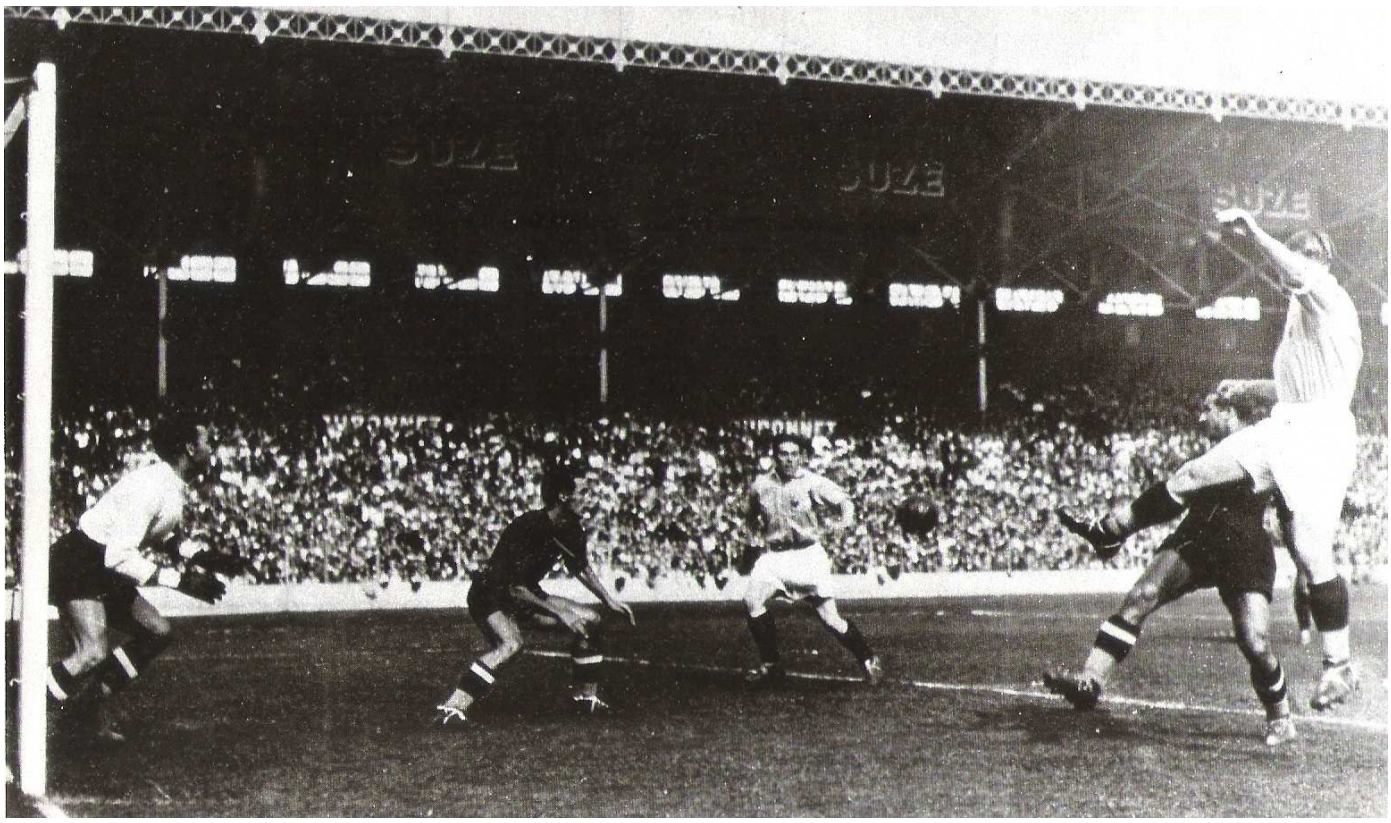


El otro partido de desempate, entre Rumania y los sorpresivos cubanos, se jugó en Toulouse. El mejor hombre de los cubanos, su arquero Carvajales no alineó en esta ocasión. El motivo es increíble: fue invitado por la radio cubana a comentar el partido de desempate… Su colega en la portería, Juan Ayra, sin embargo, no quiso ser menos que el titular y se convirtió en el jugador clave para salvar el resultado. A pesar del gol rumano al minuto 9, los caribeños se sobrepusieron y dieron la campanada, imponiéndose por 2-1, con lo que avanzaban a la siguiente ronda, repitiendo la actuación de los Estados Unidos en 1930, como representante de la aún no nacida CONCACAF. En la foto, una imagen de ese equipo, en la que no aparece ninguno de sus excelentes arqueros.

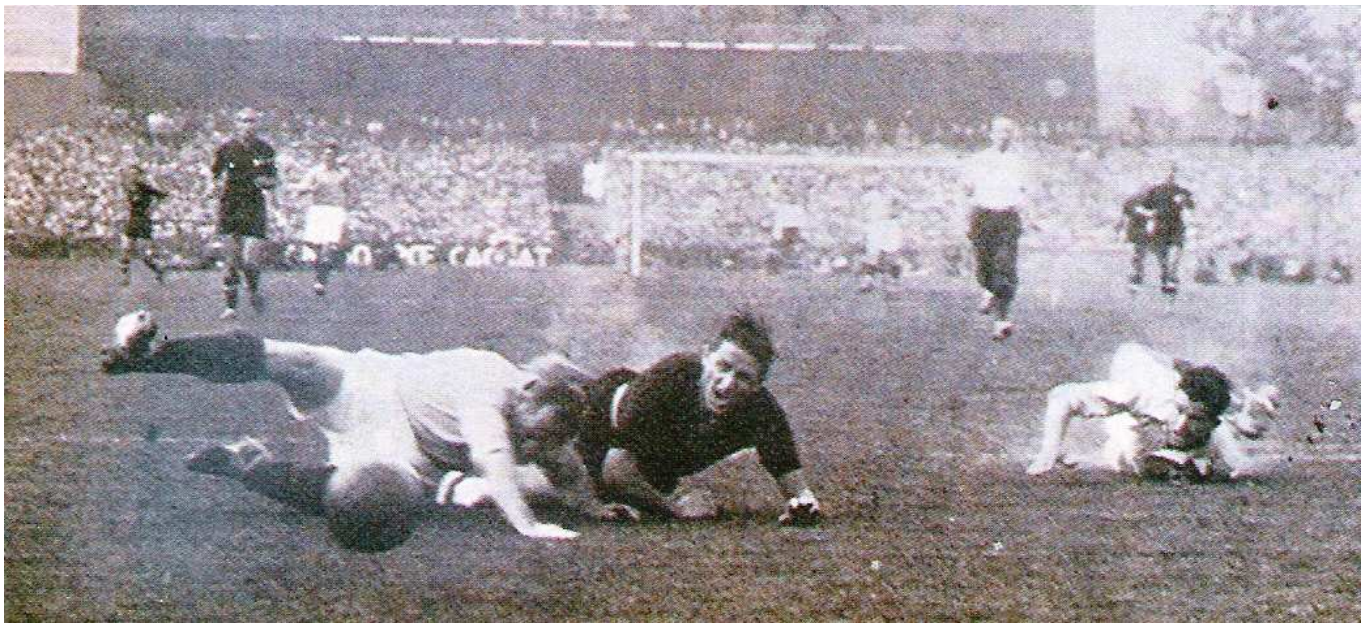
Los cuartos de final, a jugarse el 12 de junio, emparejaron a los sorpresivos cubanos con Suecia. Los escandinavos, frescos al no haber jugado la ronda de octavos, ya que su rival debió ser la desaparecida Austria, no tuvieron piedad de los isleños, agotados después de casi dos partidos y medio jugados. El marcador final lo dice todo: Suecia – 8 Cuba – 0. Fue la primera vez que en un partido mundialista un equipo anotó 8 goles, superando los 7 que marcó Italia a Estados Unidos en 1934. El delantero nórdico Gustav Wetterström se despachó con 4 goles, igualando la marca de días antes de Leónidas y Willimowski. En esta ocasión el portero Carvajales no pudo hacer nada para evitar la debacle de su equipo y se tenían que regresar a casa. En la foto vemos al desolado arquero cubano tendido en el pasto, mientras Erik Almgren va por el balón después del primer gol, obra de Tore Keller.

En Lille, los poderos húngaros se midieron con los sorpresivos suizos. El partido se presentaba muy contrastante, no sólo por la reconocida superioridad técnica de los magyares, sino también por el aspecto físico. Al igual que los cubanos, Suiza había disputado casi dos partidos y medio en cosa de 5 días contra Alemania, mientras el cuadro húngaro no se había esforzado gran cosa para despachar a las Indias Holandesas. Aún así, el cuadro helvético opuso fiera resistencia a sus rivales, que apenas al 42' del primer tiempo abrieron el marcador, que luego sellaron con el 2-0 al 68'. Sus grandes estrellas, Sarosi y Szengeller, marcaron los tantos. Hungría ya estaba en semifinales. En la foto, una acción de ese juego, con los danubianos al ataque.

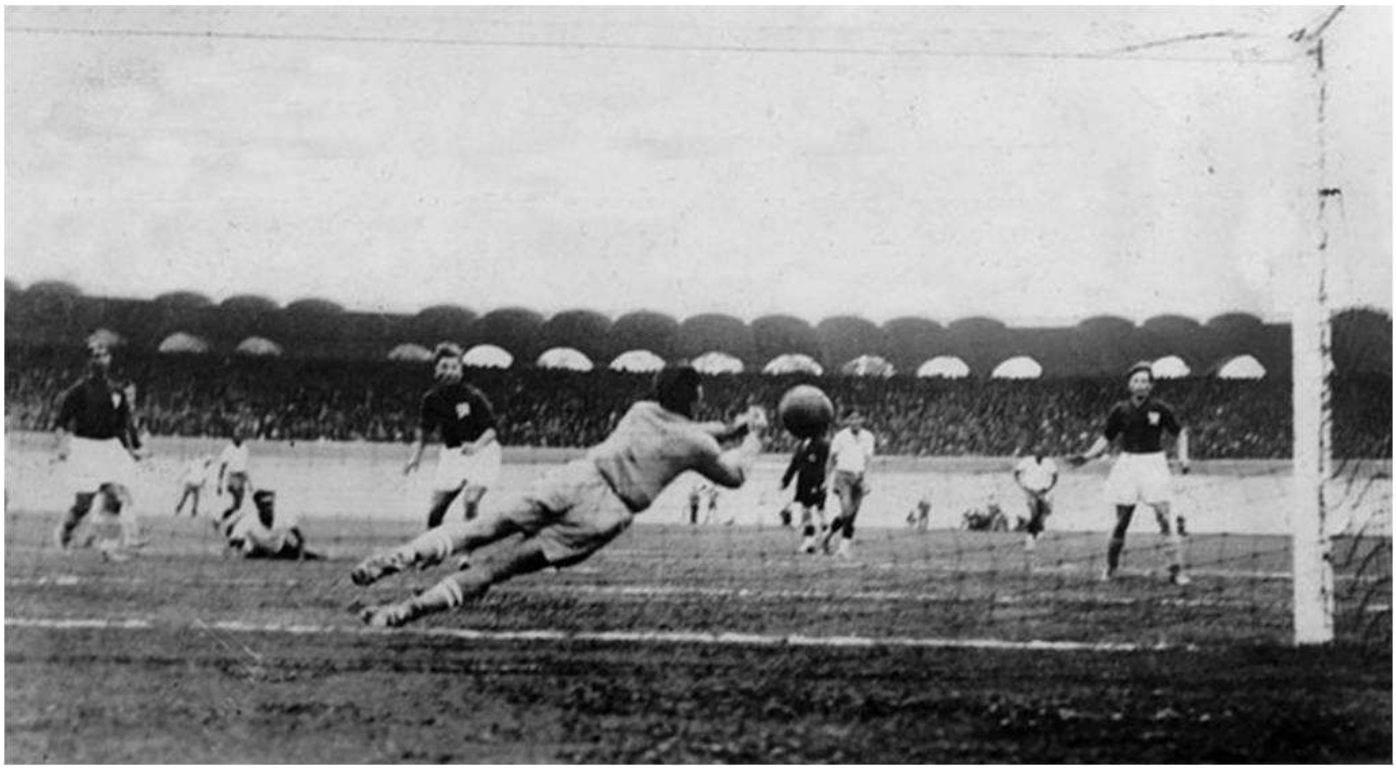
En el estadio de Colombes, en París, un duelo que se preveía durísimo: el anfitrión Francia, contra el campeón Italia. Tomados junto con Alemania como los equipos más repudiados, por obvias razones políticas, los italianos se enfrentaron de inicio con los silbidos de los miles de espectadores en las tribunas, apoyados apenas por una mínima representación de compatriotas. Vittorio Pozzo realizó algunas modificaciones para refrescar la "squadra" y así, a las 5 en punto de la tarde, arrancó el partido. Le bastaron 9 minutos a Italia para ponerse al frente, con gol de Colaussi, pero el gusto les duró tan sólo 60 segundos: Heisserer empata ante la euforia de los asistentes. Así concluye en primer tiempo. En la imagen, un centro peligroso que no puede rematar Meazza durante el asedio italiano en el primer tiempo.



Para el segundo tiempo, el medio italo-uruguayo Michele Andreolo es una luz. De sus pies nacen los pases largos hacia el extremo Biviati y pronto Italia toma el control del juego. Y es su goleador Silvio Piola a sentenciar el juego con dos tantos, al 52' y al 72', con lo cual se extinguieron los sueños franceses de ganar el mundial en su casa. Para Italia, encontrado el esquema y la alineación ideal, se forja la fortaleza necesaria para continuar su camino rumbo a la final. En las gráficas, primero, el gol del 2-1, con un perfecto remate de Piola para batir a Di Lorto y enseguida, una acción donde es necesario la marca de dos franceses, Mattker y Cazenave, para frenar los ímpetus del goleador, en una acción reclamada como penalti por los italianos.



En Burdeos, Brasil y Checoslovaquia dieron vida a lo que luego se conocería como “la batalla de Burdeos”. Apenas empezado el juego, los checos se dedicaron a dar “caza” a las piernas de los brasileños, que no se hacen del rogar para responder de la misma forma. A los 12 minutos, Olda Nejedly es presa de un terrible faul entre Zezé Procopio y Machado, resultando con un pie fracturado. Procopio todavía reclama y es expulsado por el árbitro húngaro Von Hertzka. Es Leónidas (en la foto rematando y obligando a Planicka a atajar con gran esfuerzo) el único en recordar que el juego es de futbol y al 30 pone a Brasil adelante. Después, el checo Riha y el tremendo Machado se lían a golpes luego de una durísima jugada y ambos son expulsados. Antes del final del primer tiempo, ya juegan 10 contra 9 y parece no acabara ahí. En el segundo tiempo, el arquero Planicka sale del juego con una fractura en un brazo y el lesionado Nejedly encuentra fuerzas para obtener y anotar un penal que deja las cosas con empate a un gol, resultado que ya no se mueve ni en los tiempos extras.



Dos días después, en la misma cancha, dos mermados equipos de Brasil y Checoslovaquia deciden el pase a semifinales. Los brasileños, entre lesionados y suspendidos, logran armar un cuadro con ¡9 suplentes!, restando solo el arquero Walter y Leónidas del equipo que jugó el primer partido. Los checos lograron mantener a la mayoría de sus jugadores, pero tuvieron dos bajas muy sensibles: su arquero Planicka y su estrella Nejedly. Ambos, como fracturas en el primer duelo, resultaron decisivos al no alinear en el segundo. Aún así, son los europeos en tomar ventaja al 30' con Kopecky. Es el infalible Leónidas a marcar el empate a uno al 56' (en la foto) y luego Roberto al 63' a eliminar a los checos y dejar a Brasil instalado en la semifinal.

Una recopilación de Eduardo Gordillo.